

UNA CARRERA

Hay palabras que presuponen una evidente intención ideológica o partidaria. Es el caso de globalización o deslocalización con las que se intenta anatematizar a la economía de mercado. En realidad, ninguna de esas palabras representa nada nuevo. Hace ya muchos años que se hablaba de liberalizar los mercados e internacionalizar la economía pero se decía con evidente ánimo laudatorio, como solución a los viejos problemas planteados por el proteccionismo arancelario, y porque se suponía que eso atraería inversiones de todo el mundo desarrollado a nuestros atrasados territorios.

El hecho de que gracias a la liberalización y la integración se haya alcanzado un rotundo éxito, no evita que quienes añoran el socialismo real o echan de menos un poco más de intervencionismo público desconfíen de un proceso que no se puede controlar. Pero la historia económica reciente de Europa, de España y del País Vasco sería inimaginable, y con toda seguridad peor, si a lo largo de los últimos 50 años, no se hubiese producido un decidido impulso a la movilidad de hombres, tecnologías y capitales, que está directamente en el origen de la inmensa mejora de bienestar que hemos experimentado.

Por eso, antes que nada, haré una declaración de intenciones tan sincera como provocativa: la deslocalización es estupenda. Gracias a ella, se han radicado en nuestro país una lista interminable de empresas que de otra manera nunca hubieran existido, hemos asimilado tecnologías y formas de gestión que representan una ruptura copernicana con el pasado, y hemos superado, en España, dos barreras, la de 20.000 euros de renta per cápita y 20 millones de ocupados, que ni por lo más remoto hubieramos conseguido por nuestro propio esfuerzo.

Hasta ahora, hemos experimentado el lado positivo de la división internacional del trabajo. Pero en economía todo lo que sube, baja, y la inversión exterior que vino ha dejado de venir o ha empezado a irse, aunque sea muy poco a poco. Normal. Como hasta hace poco tiempo hemos sido un país que ha tenido una balanza de inversiones con el exterior muy positiva, la cosa nos parece chocante e, incluso, nos irrita. No estábamos preparados para un cambio de tendencia, a pesar de que no ha sido nada brusco (vease cuadro).

Además, resulta de lo más lógico. Por una parte, nos hemos convertido en un país cuya renta per cápita supera la media europea, lo que quiere decir que nuestros salarios también lo hacen. Por lo menos, desde el punto de vista de la competitividad via costes ya no somos tan atractivos. Reecuérdese que buena parte de nuestro atractivo consistía en que éramos un país barato. Pues bien, hemos dejado de serlo. El otro gran incentivo consistía en que poseíamos mercados importantes con grandes barreras de entrada, barreras que han desaparecido totalmente.

Mientras, el mundo cambiaba y otras áreas trataban de repetir el mismo proceso que nosotros hemos seguido desde hace más de cuarenta años. Esos países, entre los que se encuentran todos los del Este de Europa, van entrando lenta pero seguramente en la Unión Europea, lo que ha mejorado enormemente su posición en el mundo, y se ofrecen como alternativas mejores o más prometedoras en muchos sentidos. Van a experimentar el mismo proceso que nosotros vivimos hace más de veinte años.

Mientras tanto, las inversiones españolas en el exterior aumentaban espectacularmente, como corresponde a una economía que había estado excesivamente cerrada sobre sí misma y que ahora completa un proceso, necesario e inevitable, de salida al exterior. Para hacernos una idea de la importancia del proceso basta un dato: todas las inversiones españolas acumuladas en el exterior no representaban en 1980 más allá de un 1% del PIB. Esas mismas inversiones suponen ahora casi un 40% del PIB.

Este fenómeno, el de la internacionalización de nuestras empresas, un proceso que seguramente se intensificará en el futuro, es mucho más importante que el de la deslocalización--empezamos a tener auténticas multinacionales-- y no sólo no tiene nada de negativo sino que representa un paso necesario para asegurar la viabilidad de estas empresas. Además, la razón última de este despliegue tiene menos que ver con los costes que con los mercados ya que se lleva a cabo para seguir a la demanda o a los clientes allí donde estos están.

Por otra parte, no se puede decir que el país haga mucho por atraer la inversión exterior y convertirse en una de esas zonas que, por las razones que sean, son una referencia presente entre quienes tienen que tomar la decisión de localizar una planta de producción o una sede social. Nos enfrentamos a problemas que el propio desarrollo ha generado y que tienen una muy difícil si no imposible solución. Nuestras infraestructuras se están desarrollando mucho tiempo después de que los problemas de transporte, encarecimiento del suelo e impacto medioambiental se hayan producido. Nuestro mercado laboral, el de los fijos, es impresentable, entre otras cosas porque ha dado origen a una espeluznante y nada prometedora segmentación del mercado laboral, pero parece imposible de reformar a pesar de que no hay institución internacional, la última la OCDE, que no nos recomiende su urgente reforma. La presión fiscal no ha dejado de subir, a pesar de que los expertos avisan de que la calidad de los servicios públicos ha venido deteriorándose en el último decenio.

Así que cuando se dan casos de deslocalización, los gobiernos han seguido la estrategia de escandalizarse por un problema que, por lo menos en parte, ellos mismos han creado, sin manifestar ningún propósito de enmienda. Y la prolongada bonanza que estamos atravesando, bonanza para la construcción que no para la industria, no sólo crea problemas de competitividad sino que, además, deja para más adelante el desarrollo de reformas a medio y largo plazo.

¿Qué se puede hacer? Hay dos formas de reaccionar ante esta deriva. Una es la francesa: a la manera de una cruzada ante el “*desierto industrial*” que, según el candidato Sarkozy, se avecina. En realidad, no se sienten demasiado preocupados. En parte, porque las empresas que se van a otra parte (la línea blanca al Magreb, la siderurgia al Este, la electrónica a la India) son de imposible retención. En parte, porque Francia, que es el segundo inversor en el mundo es también el segundo país que, después de China, más capitales exteriores recibe, entre otras cosas por la gran productividad de su mano de obra, según aseguran ellos mismos.

Una segunda línea defensiva ha consistido en la creación de los llamados “**polos de competitividad**” destinados a reforzar las especializaciones de la industria y crear las condiciones para que surjan nuevas actividades. Se insiste en impulsar la cooperación entre las empresas, generando sinergias y alianzas para, desde la innovación, incrementar su competitividad, todo ello lubricado con un argumento que un gran estado como es el francés puede movilizar al amparo de una buena coyuntura fiscal: dar dinero.

Todas estas estrategias, que mezclan innovación con competitividad y promueven la cooperación interempresarial, nos resultan familiares dado se parecen bastante a un planteramiento desarrollado en el País Vasco, el de los **Clusters**. Todas suenan muy parecidas ya que la literatura en la que se basan es la misma, pero los resultados pueden ser muy diferentes porque la cultura empresarial también lo es. Tal vez por ello sería interesante que se hiciera un balance de lo conseguido hasta la fecha y se comparara con lo logrado en otras latitudes.

Lo que sí parece caer a un segundo plano en Francia es la apuesta por los sectores de alto valor añadido y tecnología avanzada, demasiado expuestos, como en el caso de la electrónica, a la competencia de países como China y la India. Otras apuestas más clásicas (agroalimentario, construcción y energía) parecen funcionar mejor y crear más empleo.

Otra respuesta, la irlandesa, no del todo diferente pero tampoco la misma, considera la lucha contra la deslocalización como parte del esfuerzo por conseguir que el tejido económico responda a los retos con una mejora sostenida y significativa de la productividad. Se trata de una auténtica **carrera** por conseguir que esa productividad crezca más que los costes de todo tipo, sobre todo salariales y fiscales, una carrera en la que España está siendo derrotada en toda la línea.

Irlanda ya no trata de competir por costes o fiscalidad, una competencia que considera perdida de antemano ya que ha dejado de ser un país barato. Sus costes han crecido fuertemente en los últimos años, como les ocurre a todos los países cuyas economías crecen. Tampoco merece la pena competir via impuestos, a pesar de tener un tipo de sociedades en el 14%, porque tras la incorporación a la Unión de los países del Este, estos ofrecen tipos impositivos similares o más bajos.

Así que los irlandeses han entendido que deben ser innovadores, que hay que apoyarse en la economía del conocimiento y apostar por la educación. Irlanda sabe que no puede caer en la complacencia por lo ya alcanzado y diseña un futuro basado sobre todo en las tecnologías de la información, la industria farmacéutica, la biotecnología y los servicios compartidos y de apoyo a los clientes. Es su receta para que el valor añadido crezca más deprisa que los costes.

Los resultados está a la vista. Entre 1995 y 2003, la productividad irlandesa creció un 32,9%; la de España un 5,6%. Lo que me lleva a pensar que **nuestro problema no es la deslocalización; nuestro problema es la productividad.**

Por tanto, el potencial problema que plantea la deslocalización, hoy por hoy más teórico que real, no debería ser entendido como una agresión externa, que padecemos sin haberla merecido, sino como la manifestación de problemas internos que nos impiden reaccionar como debemos hacerlo o como lo están haciendo otros países. Lo que nos obliga a responder a preguntas como las siguientes

- ¿Por qué no somos capaces de atraer a la inversión exterior como lo hace Francia, un país no tan lejano del nuestro y cuyos costes salariales son muy parecidos?
- ¿Por qué no somos capaces de alcanzar ritmos intensos de mejora de la productividad como ha conseguido Irlanda en estos últimos años?

DESLOCALIZACION

Antxon Perez de Calleja, febrero, 2007